

mo treinta y quatro: *Quoniam mihi quidem pacificè loquabantur, & in iracundia terra loquentes dolos cogitabant.* Hablan con amidad, muy dulces de palabras; pero mientras así están hablando, con una ira de la tierra están en el pensamiento trazando la zancadilla. Todo el texto estaba claro, si una palabra sola no fuera tan difícil: *In iracundia terra*, con ira de la tierra. ¿Qué ira es esta? Si es por lo terrible, diga que con una ira de infierno: si es por lo fiero, diga que con una ira de demonio; aun es poca toda esa, dice nuestro Lorino, y por eso para significar la ira mas terrible, mas formidable, la llama ira de la tierra. ¿Pues cuándo vemos esta ira tan formidable de la tierra? Nunca, y en eso está lo mas terrible. Notad: Los otros elementos se suelen declarar enemigos; el fuego, quién no teme su cólera? quién no la huye? El ayre, y el agua, cuando en esos mares se conjuran, qué horror no ponen con su furia? Los navegantes lo digan, que aun antes de salir del puerto ya los temen; pero a la tierra, quién la teme? Nadie: es el elemento amigo, el que nos sustenta, el que nos carga. ¡Pero he aquí, que quando así nos está favoreciendo, sin dar a entender nada, allá por lo mas escondido de sus senos, concebida su cólera de repente, qué temblor! qué horror! Todo se estremece, crujen los techos, se sacuden los edificios, bambanean las torres; y cuántas veces ha dexado una Ciudad hecha un común sepulcro? pues esa es la ira de la tierra: *In commotionibus terra.* Vuelven otros una ira solapada; que quando menos lo pensamos, nos derriba, un elemento, que siendo nuestro amigo, quando mas descuidados, nos arruina; pues esa es la ira mas temerosa, esa es en medio de la amistad la enemistad mas terrible: *Et in iracundia terra loquentes dolos cogitabant.* ¿Y si hay de estos amigos tantos, cuáles en fin son los enemigos, que hoy nos manda amar Jesu-Christo? No sé si diga que todos, pues aun los mas proximos son los mas enemigos.

Yá, pues, con todos habla igualmente nuestro Divino Redentor, con enemigos declarados, y con solapados enemigos, con los que en el interior ocultan rebozado el odio, y con los que en lo exterior declaran manifestar la enemistad; con los que aborrecen, porque les hicieron agravios, y con los que sin haberles hecho agravio aborrecen: *Diligite inimicos vestros.* Y si en este amor consiste nuestra vida, estriva nuestra salvacion, triunfe yá en nuestros corazones el amor verdadero de todos nuestros proximos, pues no bastan con Dios aparentes ceremonias de solas palabras.

¡Oh, Soberano Dios de la paz! Oh, benignísimo Dios de la clemencia! Oh, Jesús, amoroso dueño de nuestros corazones! ¿Si en esa Cruz, haviendos puesto el odio de vuestros enemigos así, nos estais enseñando a perdonar agravios, cómo havra corazón que se os resista, voluntad que no os imite, amor que no os obedezca? Quién havrá que se niegue a vuestro precepto, a vitta de vuestro exemplo? Yá todos, mi Jesús, os seguimos, todos ofrecemos desde aquí el amor verdadero a quantos nos han

ofendido: todos, dixen? ¡Oh, que no sé quantos de mi auditorio se niegan todavia a conceder este amor tan noble! pues apartense del número de los escogidos de Dios; separense del rebaño, que en esta Iglesia tiene Jesu-Christo, y yá apartados esos desventurados, yo, mi Dios, mojando la pluma en esa Sangre preciosísima de vuestro costado escribo desde aqui en nombre de estos vuestros escogidos que me oyén, un general perdon. Diganlo conmigo los que quieren aprovecharse de esta Sangre. Yo, Señor, en esos vuestros Sacratísimos pies deo, y depongo quantos agravios he recibido, y quantos en lo venidero me hicieren; yo os sacrifico todo el dolor de mis sentimientos por víctima de vuestra honra; y desde aqui ofrezco de todo mi corazón la paz, y el perdon a todos los que me lo pidieren, y propongo yo de pedirlo a los que he agraviado, y prometo recibir con todo el amor de mi alma a los que me han sido enemigos. Perdonadme, mi Jesús, con aquella piedad con que yo perdono: recibidme a vuestros brazos, como yo a los míos admito los que me han ofendido, para que quando desatada esté mi alma del cuerpo, y presentada a vuestro severísimo Tribunal, mis pecados me acusen, vos seais mi Defensor, vos mi Abogado; palabra me habeis dado de que me perdonareis, si yo perdono; pues yo perdono, y con vuestra misma Sangre lo firmo. ¿Christianos, hay alguno que no quiera firmarlo así? Declárese, que yo con esta misma Sangre de Jesu-Christo firmaré desde aqui la sentencia de su eterna condenacion. Perezca el desventurado, perezca quien a Christo le niegue la demanda tan justa, y aquella misma Sangre, que lo havia de salvar, esa sea la que le condene: no halle piedad quien no la tiene; no consiga perdon quien no lo dá; no loge misericordia quien no la usa; cayga, cayga, y prevalezcan contra él todos sus enemigos; quede su muger viuda, huerfanos sus hijos, y sus descendientes anden descariados, pobres, mendigos; arruínese su casa, disípese su hacienda, y borrese de la tierra el nombre: *Et dispereat de terra memoria ejus, pro eo quod non est recordatus facere misericordiam.* Duren firmes en los archivos de Dios las memorias de todos sus delitos, para que quando parezca en aquel espantoso Tribunal, sea juzgado sin misericordia, quien no supo tenerla: y quien no quiso perdonar, salga de aquel Tribunal para siempre condenado: *Cum judicatur, exeat condemnatus.* ¡Oh! no permita, Señor, tu pied ad infinita, que haya en este auditorio alguno, o alguna, que hoy quiera salir de esta Iglesia condenado, que se quiera echar sobre sí estas espantosas maldiciones de las Divinas Escrituras, por conservar en su corazón un odio maldito; sino que todos con veras de nuestro corazón firmemos este general perdon. Perdonamos, mi Dios, porque tú nos perdones: ofrecemos a todos nuestro amor, porque tú nos ames; admitimos a todos a nuestra amistad, porque tú nos recibas a tu gracia.

RE-

RECETA DE SALUD DE LAS tres principales enfermedades de la Piscina.

Segundo Viernes de Quaresma, año de 1691.

In his jacebat multitudo magna languentium eorum, claudorum, & aridorum. Joan. cap. 5.

ERase en Jerusalén una prodigiosa Piscina, no en vano así llamada del comun, pues que aunque no tenia peces, parece que se pescaban en sus aguas los milagros, hallando en ellas todas las enfermedades, como de lance, la salud. *Probatica* era el nombre de su oficio, porque no estuviere ociosa mientras no hacía milagros, que no havian de ser estos pretexto para escularse del trabajo. Servían, pues, de ordinario sus aguas de lavar para sus sacrificios al cercano Templo las víctimas; y no por emplearse así en este exercicio sus aguas, dexaban de atender al Cielo, de donde les venía su virtud. Todo lo juntó el Hebréo, llamandola *Bethesda*, casa de misericordia, donde, sin omitirse diligencias humanas, asisten focorros divinos. Así sucedía allí; porque a tiempos no provenidos, baxando del Cielo un Angel, movia invisiblemente las aguas; y a su alboroto, siguiendose el alboroto en los enfermos, a toda priesa, unos tropezando con otros, el que primero caía, ese era solo el que se levantaba: eso es acudir con prontitud quando llamaba Dios: que lo que nos parece caer es levantar; lo que nos parece ahogo es salud, y el que con resolucion pierde el pie con que estrivaba en la tierra, ese en las aguas de la gracia gana todo el cuerpo para el Cielo. A la esperanza, pues, de este milagro, en cinco soportales, que la rodeaban, yacía una multitud grande de enfermos, entreteniendo los ayes de su padecer con la mas costosa receta del esperar. ¿Cosa rara! las aguas de salud, y a sus orillas muchos enfermos! Muchos sanos, dixera yo, pero eran enfermos de confiados; por eso, despreciando las medicinas, duraban en sus achaques con decir: Ahí está la Piscina. Ahí está la confesion: dicen acá enfermos mas peligrosos: haré este pecado, que luego me confesaré. ¿Y yá sabes que te confesarás? Y yá sabes que te confesarás bien? Y yá sabes que te quiera dar Dios el auxilio, que tanto le has desmerecido? ¡Oh, confianza necia, que a tantos dexó sin remedio en la misma salud! No está lejos la prueba. Aquellas aguas sanaban los enfermos; pero cuántos no sanarian? Cuántos rendirian entre gemidos la vida allí, allí a las mismas orillas de su remedio? De uno sabemos, que contaba yá treinta y ocho años de cama, y en ella treinta y ocho edades de dolores, y treinta y ocho figlos de deseos; en su enferme-

dad, dice el Evangelista: *In infirmitate sua*, claro está que havia de ser fuya; no es tan claro, que pudiera estar enfermo de la enfermedad agena. Diganlo quantos viven de ser corredores de culpas, de escandalizar, de consentir, y tapar. Suya era la enfermedad de aquel pobre, fuya era; ¿pero qué enfermedad? El Evangelista del todo nos la calla: mas yá todos han dado en decir que él era el Parálitico, y se han salido con ello. No sé que tiene esta voz comun del Pueblo, aun quando callan los Evangelistas. Ello lo debieron de sacar por los efectos, ù de que no se movia, ù de que era esto con mucha dificultad. ¿Así? Pues parálitico es. ¿Qué importa que se quiera solapar el achaque mientras lo están manifestando los efectos?

Este, pues, era el estado de aquel Hospital, y Piscina, quando se llegó la Pasqua. ¿Cuál de ellas? No lo dicen; y sea la que fuere, que para nuestra Vida Cristo, en haciendo bien a los hombres, esa es su fiesta toda, y es su Pasqua. Entonces, pues, entró el Señor allí, y llevando en sus ojos las dos mejores fuentes de salud, se los robó desde luego, quizá por mas necesitado, aquel de treinta y ocho años enfermo. ¿Fuese acercando hácia él, qué hermosamente apacible! Y sin mas ostentacion de aparato, (que siempre atiende Dios al mas fruto) ¿hombre, le dice, quieres sanar? El entonces, mostrando que tanto como su enfermedad prolija le afligia su total desamparo, de este se lamenta, y dexa que su querer, su misma necesidad lo publique muda. ¿Qué quiero, (como si dixera) qué quiero? Para eso estoy aquí, y ha treinta y ocho años que de día, y de noche estoy queriendo. Pero soy tan desdichado, que sobrandome dolores, porque ni este me falte, no hay quien de mí se duela: ni puedo valerme yo, ni tengo quien me valga; un hombre solo no tengo, que quando se revuelven esas aguas, me arroje en ellas; y si bien hago mi diligencia, por mas priesa que quiero darme, como vá tan despacio mi achaque, siempre llevo tarde. ¿Así? Pues levántate, dice el Señor, levántate, carga esa tu camilla, y anda, vete. ¿Cómo, Señor? Y no hay mas que eso para un enfermo de tantos años? No hubo mas: levantóse, recogió sus pobres trapos, hechóse los al hombro, y fue. ¿Y fue? cuándo suspensa toda la admiracion no se mueve? Y fue? cuándo atonito se queda embelesado el pasmo? Y fue? cuándo suspensa se pára el discurso? Fue, descontando en un instante solo de salud, treinta y ocho años de miserias. ¡Estupendo milagro! ¿Pero los demás enfermos? Esos acá se quedan para que ellos busquen, y les busquemos la salud, que basta dexarles yá el Señor, para que la consigan, la receta; no hemos de querer que lo haga Dios todo. Apenas sale aquel con su camilla acuestas, quando los Fariseos le meten a pleyto el milagro, con que no puede hacerse en Sabado. Dexemos los rabiar embidiosos, que para nosotros si el Sá-

bado nos representa en Maria el mejor descanso de Dios, ese fue allí especial titulo para hacer el beneficio, como es acá motivo poderoso para conseguirnos la gracia. *AVE MARIA.*



In his jacebat multitudo magna languentium.
Ec. Joan, ubi supra.

EN una Piscina de achaques incurables toda una República de enfermos peligrosos, desde luego me desalentara el animo à conseguirles la salud, si no fuera el mismo Medico Divino el que les ofrece el remedio, que en uno solo, que por milagro dexó sano, à todos los dexó la receta para que puedan sanar sin milagro. Entró ya visitando las faias de los enfermos, para ver luego como al exemplo del que sanó, pero con su receta misma pueden quedar todos remediados. No me admiran, pues, que fuesen allí los enfermos tan muchos; lo que sí reparo, es, que fuesen las enfermedades tan pocas. Los enfermos una multitud grande: *Multitudo magna languentium*, y las enfermedades solas tres: *Cecorum, claudorum, & aridorum*; ciegos, cojos, valdados. ¡Valgame Dios! tantos enfermos con tan pocas enfermedades! Diré la razon de mi reparo. Bien sé que basta una enfermedad sola para que de ella muchos enfermos adolezcan: eso se viene à los ojos; pero si en aquella Piscina sanaban todas las enfermedades sin reservarse alguna: *Al quacumque detinebantur infirmitate*: luego acudirán à ella los enfermos de todas las enfermedades. Parece discurso legitimo; y si todos acudian, diganos el Evangelista, que hay muchos enfermos, y tambien muchas enfermedades; pero en tan gran muchedumbre de enfermos, solas tres especies de achaques? ¿No habrá leprosos, hecicos, calenturientos, hydropicos? Que en toda una Ciudad tan grande, tan populosa como era Jerusalén, no havia mas que tres enfermedades? Pues à qualquier Hospital de México que vayan, sin haver muchedumbre de enfermos, han de hallar mas de tres enfermedades. ¿Cómo, pues, en la Piscina, adonde todas concurrían, solas tres se hallan? Miren lo que he pensado, y considerenlo conmigo à lo práctico. Esos tres achaques eran los que en sí mismos tenían el embarazo de su remedio; no así los otros. Pongamonos à mirar la Piscina: la dicha, y la salud estaba allí, no en caer como quiera à las aguas quando se movian, sino en caer el primero, ese solo sanaba: *Qui prior descendebat*. Ahora, pues, mueve nse de repente las aguas; pero el ciego, como no las vé mover, mientras le avisan, mientras lo cree, mientras llama al Gomecillo, mientras lo lleva, zás, ganóle ya la vez el leproso, que como no tenia su mal en la vista, logró ya, y ya sale sano, y se despide, quando el ciego llega, y se queda suspirando à la orilla. ¿Qué se ha de hacer? Hasta otra ocasion, hasta otra. Vuelven à

moverse las aguas, y el cojo, ò tullido, aunque las vé mover, mientras acude à las muletas, mientras las acomoda, por mas priesa que se dá, retardando su movimiento, zás, ganóle la ocasion el hecico, que quanto mas delegado, se mueve mas ligero, y sale ya sano de su achaque, dexando el Hospital, quando el cojo llega à suspirar solo. Hasta otra vez, paciencia. Vuelven à moverse las aguas, miralas el valdado ansioso; pero con medio lado muerto, mientras llama, mientras vienen, mientras lo cargan, zás, logró ya el lance el hydropico, que no hubo menester quien lo cargara; sale ya bueno, y se despide, mientras aquel se queda suspirando. Y he aqui como de una ocasion en otra, los otros salen, y estos se quedan: sanan los leprosos, los hecicos, los hydropicos, se despiden, y se ván. Y los ciegos, los cojos, los valdados, ahí se están, ahí se quedan siempre rezagados, siempre enfermos, y siempre sin remedio; porque tienen el embarazo de su salud en su misma enfermedad: *Cecorum, claudorum, & aridorum*.

¡Ah, enfermedades, que así de vosotras mismas os fabricais los imposibles al remedio! Sucede, Fieles, (porque vengamos de la general Piscina de Jerusalén al comun Hospital de México) sucede, que llega una Quaresma, muevense à las voces de los Predicadores las aguas de la gracia, vienen, como de tropel, concursos grandes al Sermon de todo genero de enfermos, sanan por suma dicha nuestra, y fuya, no pocos; ¿pero quiénes? El uno, que lo precipitó su desdicha: la otra, que la arruinó su fragilidad; pero pasada la Quaresma vemos, que todavia se queda una muchedumbre grande de enfermos: *Multitudo magna languentium*. Cuántos, ciegos en la pobreza, que mientras acaban de conocer la verdad, mientras acaban de ver su desdicha, voces, desengaños, avisos, ahí se están, ahí se quedan hasta otra Quaresma, hasta otra. ¿Y cuántos años há, desventurado, que así te vas quedando siempre ciego? Quedanse los cojos de la vanidad, y la soberbia asidos à las muletas de excusas, por mas que los convidan los desengaños; y de un año à otro mas crecida la vanidad, y mas en su punto la soberbia. Quedanse todavia los valdados de la avaricia, cerrandose mas apretadamente que sus cofres, y peores cada día, y mas de muerte. Pues à todos en una sola salud les dexa hoy el Señor general el remedio. Con tres palabras sanó aquel paralitico, y en esas mismas tres palabras les dexa la receta de salud à toda esta muchedumbre de enfermos: levántate ciego; y así sanarás: *surgere*, toma sobre tus hombros esa cama, cojo de la soberbia, y así quedarás libre: *Tolle gravatum tuum*: muevete, anda, valdado de avariento, y así recobrarás tus fuerzas: *Et ambula*.

Digno es de suma admiracion el cotejo, que ya os propongo. Comparad à David con David, para conocer así la mas terrible enfermedad. Vióse una vez ya victorioso, no menos de enemigos que de trabajos, exaltado à la grandeza de el

solio, y abrió brecha en su corazon por donde la presuncion, y la arrogancia le hicieron nuevo afalto, y mas terrible. Mandó contar sus combatientes, glorioso al ver los campos embarazados con el número de sus tropas: hizose à su mandado la reseña, y quando fu Capitan General Joah le trae ya las listas de sus resenadas esquadras, en las manos las tenia todavia, quando *percussit* (dice el Texto Santo) *percussit cor David eum*, le remordió la conciencia, le fatigó el escrúpulo, y lo afligió tanto, que al punto, postrado por la tierra, reconoció, y humilde: Oh, Señor (clama à Dios) conozco mi pecado, y veo que es grande: *Et dixit ad Dominum: peccavi valde in hoc facto*. Viene enviado de Dios el Profeta Gad, y aun antes que hable una palabra sola, le sale David al encuentro, y le previene su reprehension con la confesion espontanea de su culpa: *Confessione pravenit Dei nuntium*, dixo San Ambrosio: delicada conciencia por cierto, pero aguarden: peca otra vez David, comete aquel torpe adulterio con Bersabé, executa un sangriento homicidio, y llena à Jerusalén de escándalo. Y despues de tanto, un día, y otro se pasa, uno, y otro mes, y ya casi todo un año, y David se está tan sofegado, tan sin remordimiento, tan sin susto, tan sin escrúpulo, que venido entonces de parte de Dios el Profeta Nathán, le pone delante punto por punto su delito claro, patente, sin mas que mudarle los nombres, y con todo eso, ni David lo vé, ni lo advierte; ni lo conoce. Pafmese ahora quien tuviere entendimiento à este cotejo. Allí apenas executa el pecado, ya sentido, ya visto, ya llorado: aquí cometido un tan enorme delito por el espacio de casi todo un año, ni lo vé, ni lo conoce, ni lo advierte: éste poniendoselo à los ojos el Profeta Nathán, no lo vé; y aquel, aun antes que el Profeta Gad le haga el cargo, ya David lo confiesa, y lo llora. ¿Qué es esto? ¿Qué ha de ser? Que era el segundo pecado de lascivia, y por eso dexa à David tan rematadamente ciego, que le quita la atencion, aun para admitir lo mismo que le están ofreciendo de remedio.

Por aquí salgo ya de una duda. Dudaba yo, ¿por qué siendo la ceguedad del entendimiento castigo general de todos los vicios, se ha de alzar con todo eso sobre todos el amor torpe con el hombre, las propiedades, y los hechos de ciego? Dá la razon Santo Thomás: *Quia vitia carnalia in tantum magis extinguunt iudicium rationis, in quantum longius abducunt à ratione.* (2.2.9.53. art. 6. ad 3.) porque quanto mas se acerca por la carne la sensualidad à lo bruto, tanto mas se tupe à lo ciego, y quedandole al lascivo lo sufrido de un bruto para el azote, el afán, la fatiga, su misma ceguedad le estorva el buscar el remedio à su miseria. ¿Pues qué pensais, dice S. Paulino, que fueron los Filisteos, que sangrientos le sacaron à Sanson los ojos? No fue sino el amor torpe quien lo dexó ciego: no es ahora la tahona la que así lo trata como un jumento; la ramera vil fue la que lo envileció como

à un bruto. No haveis oído ya el sucefo? Ponelo aquella quatro veces en manos de sus enemigos, y à tan repetidos lances, aun no acaba de ver sus trayciones: lo engaña una, y otra vez, y aun no conoce los mismos engaños que toca. Pues sobrados tenia ya los ojos, quien lo mismo que miraba no lo veía: por demás tenia el entendimiento, quien à lo mismo que entendia no se daba por entendido: ya él se era ciego con la torpeza, y ya él se era bruto con el amor: pues no se ha añadido mas facandole los ojos, y atandole como jumento à una tahona, que darle por castigo aquello mismo que era culpa señalarle por pena lo mismo que él tenia por gusto, y vincularle su tormento à lo que él escogió por deleyte: *Cacitate punitur, & mola, quia dignus est opere jumentario, qui semetipsum lumine rationis orbaverat*.

¡Ah, tahonas del ciego rapáz! El à ciegas descargando el azote, y à ciegas dando vueltas al apetito bruto. ¡Qué solitud! No sofiega: ¡Qué ansias! No páran: ¡Qué fatigas! No descansan: Qué desvelos, qué sustos, qué congojas! Y siempre à las espaldas el azote, y siempre à el corazon las vueltas. Gimen las amarguras, suspiran las ansias, jadean los afanes, y la rueda no pára. ¿Y todo para qué, hombres? para que el diablo coma de lo que tú fin cesar te fatigas; para que el diablo triunfe de lo que tú afanado gimes, y para que el diablo te lleve à tí, y à lo que trabajas: *Qui peccatum operatur, dice S. Paulino, in mola vite sue hostile triticum molit, ut diabolus pascat, quæ sibi fames est*. Hombre desventurado, pobrecilla muger, esclavos de un ciego rapáz, mas ciegos quando con mas ojos, pues para quedar del todo sin ellos, decís que los poneis en lo que amais, quitandolos de lo que sois, decidme, con tantas desventuras como padecéis, tanto durar en sufrir, tanto persistir en padecer, y tanto porfiar en servir, ¿qué puede ser sino de un bruto lo sufrido, y de un ciego lo irremediable? Aun al jumento mas lerdo, y mas vil le tapan los ojos, dice S. Paulino, para atarlo à una tahona, porque si viera, espantado al golpe del azote, aun un jumento procurára salirse de la fatiga. Pues andar siempre esa noria, y quedaros sedientos siempre: andar siempre esa tahona, y vos hambriento siempre, qué desventura es esta? ¿Qué tienes, desventurada muger, sino una vida de mas que vil esclava en eso en que esperabas tu sustento? ¿Qué has adquirido? Un tabuco de casa con dos trapos, que tú llamas galas, un lazo del demonio, que tú llamas joya, una soga, que te tira para el infierno, que tú llamas perlas; y con eso mucha deshonra, mucha condenacion, y mucha infamia? ¿Qué importa, que todos te vean, si todos te señalan? ¿Qué importa, que todos te aplaudan, si todos te burlan? ¿Y qué importa, que ahora luzcas, si tan presto, reducida à horrores por la enfermedad, pararás en viles cenizas? ¿Y no véis esto? Y no procuras tu remedio? Pues eres ciega, y estás embrutecida. ¿Qué tienes, hombre desdichado, sino un azote continuo del diablo en eso que ponias tu gusto? Las